

bor y á estribor. Mr. Morel y yo hicimos otro tanto, porque apesar de mis reclamaciones me habian colocado en la parte activa. Méry se colocó á la popa en medio de las señoras, que añadian á su capa sus chales y albornoces. Jadin con el lapiz en la mano, se sentó en uno de los banquillos con Milord entre las piernas; el hombre de las merluzas se colocó en el otro banquillo con un remo en cada mano. Courty, que debia quedarse en la orilla, impelió la barca, y toda la tripulacion se halló á flote.

En aquel momento tuvo una disputa terrible Jadin con Milord, que se habia empeñado absolutamente en ir á comerse el fuego. De aqui resultaron escandalosos ladridos, que no estando en el programa de la pesca, durante la cual al contrario se debia guardar el mas profundo silencio, se terminaron por sordos gemidos que probaban que Jadin habia empleado con Milord los grandes recursos; es decir, el talon de sus botas.

Como este episodio no traia el pescado, dudamos por algun tiempo del buen éxito de nuestra pesca. No se presentaba ningun pescado, y sin embargo se veia á tres ó cuatro pies del agua el fondo del mar cual si se hallase separado de nosotros únicamente por una simple gasa. De pronto uno de los yernos de Mr. Morel pleó su harpon, y lo sacó con una especie de serpiente que se enrollaba á la punta: era un congrio de tres ó cuatro pies de largo. Encontré muy feo al animal, y le propuse no sacar otro.

Probaba esto ademas, que entráramos en los dominios habitados.

El fondo del mar, visto así de noche al trémulo resplandor de un fuego de pinos, es una de las cosas mas curiosas que imaginar se puede. Hay como en tierra sus sitios cubiertos, y sus áridas arenas; sus algas sombrías donde los pescados se destacan cual si fuesen de oro ó de plata, y llanuras descubiertas donde bajan pesadamente cargados de su enorme bagaje los nautilus, los bernardos ermitaños, y los orsinos, dejando tras de sí las huellas del camino que han recorrido. Despues si se presenta alguna roca, en medio de las almejas y de las ostras que han establecido alli su sedentario domicilio, se está seguro de ver algunos pólipos de grueso vientre, con ojos á flor de la cabeza, y largos brazos temblando cuya estremidad va á buscar la presa que su garganta abierta se apresta á tragar. Todo esto seguia sus instintos, su misteriosa y submarina vida, á la cual veníamos á causar tan gran turbacion con el hierro y el fuego.

Entre tanto el barco se iba llenando, monsieur Morel y sus yernos picaban á cual mejor, y me escitaban á hacer otro tanto; pero yo aguardaba á hacer una señal de cabeza para decir que estaba listo. En cuanto al barco, continuaba movido por el dulce movimiento

de los remos, bogando en un círculo de luz, donde de tiempo en tiempo entraban gruesas mariposas de noche que aturdidamente venian á dar contra nuestras cabezas. De repente vi pasar directamente á la punta de mi harpon una cosa que se parecia á una sarten: di con toda mi fuerza un golpe en medio del cuerpo del animal, saqué del agua una de las rayas mas soberbias: fui proclamado el rey de la pesca.

Como yo atribuia mas á la casualidad que á la destreza, el magnifico golpe que habia dado, declaré que no daría otro, y que me contentaba con él: pasé mi cetro á uno de los yernos de Mr. Morel, que hasta entonces habia estado cuidando del fuego, y me puse á hacer mis estudios de costumbres conchiológicos.

Preciso era para que yo las interrumpiese una decision de aquellas señoras, que á los gemidos que daba Milord declararon que el viento del mar comenzaba á parecer un poco fresco; en su consecuencia decidieron que fuese á continuarse el paseo sobre el Huveaume.

El Huveaume es un arroyo que se arroja en el mar, y que abusa de su posicion topográfica para tomar el nombre de rio; pero hay nobleza; y la nobleza, dice San Simon, no es una razon para que se haga resueltamente como el Rodano ó el Danubio, y para que se crea éste igual.

Ademas, el Huveaume no creo yo que tiene estas altas pretensiones: imposible es ofrecer una desembocadura mas modesta, ni perderse mas silenciosamente que él lo hace en el Mediterráneo: es enteramente un rio de las Geórgicas, un rio á lo Theócrito y á lo Virgilio; un rio no para llevar barcos sino para mojar los pies de las ninfas.

Subimos, pues, bajo una bóveda de tamarindos de fantásticos troncos, y de retorcidas ramas, nuestro *Fiumecello*, cuyas dos orillas casi tocáramos con la punta de nuestros remos. Allí reconocí todo lo mal que habia hecho en burlarme del Huveaume sin conocerlo. En efecto, aquel arroyo corre con una tranquilidad y una quietud que da placer el verlo, y le creo en el fondo mucho mas feliz que el Mediterráneo.

Despues de una media hora de exploracion, el Huveaume dejó de guiarnos, á pretexto de que ya no era navegable. Nos fué forzoso, pues, volver á bajar á la mar; pero no llegamos hasta ella. En el ruido que hacia al estrellarse sus olas contra la playa, comprendimos que poco á poco iba preparándose una tempestad. En cuanto á nuestro rio, era superior á todas estas vicisitudes humanas: así nos dejó atracar tranquilamente á una de sus orillas, y bajar en medio de un lindo vergel, atravesando el cual volvimos á llegar á la casa fenicia. Como me habia prometido Mr. Morel, me entregó el manuscrito halla-

do por su hija en el viejo cofre de que hemos hablado: me concedió ademas el permiso de copiarlo, lo que he hecho con bastante placer para poderlo ofrecer á mis lectores.

Tal vez, cuando yo hubiese sido desechado cinco ó seis veces como individuo para entrar en la Academia francesa, le deberé el favor de ser recibido en la *Academia de instruccion y bellas letras*.

LA CASA FENICIA.

Estamos á 2 de setiembre de 1524: Marsella se bate con el condestable de Borbon, ese ilustre loco que iba devastando la Europa para apurar su fastidio: es el dia 22 despues que se ha abierto la trinchera. Los nobles señores de Aix, y los nobles tenderos de Marsella, reunidos bajo los mismos bastiones, han jurado sepultarse en sus ruinas. El Condestable lanza á las murallas á sus italianos, á sus españoles, á sus lansquenetes. La torre de San Juan, la bateria de Moulins, la torre de San Pablo encienden sus baterias, y arrojan lluvias de balas por encima de las murallas sobre las colinas del Lazareto, sobre el camino de Cannet donde flota la bandera del Condestable, y hasta el pie de la abadia de San Victor, donde el marqués de Pescara ha establecido su campamento. Una violenta tormenta de setiembre, estalla á la caída del dia: baja la noche con las mas profundas tinieblas: hace un tiempo como se requiere para empresas de amor y de guerra.

Así el capitán Carlos de Monteoux, á la cabeza de mil ciudadanos decididos, hace abrirse la *Puerta Royale* en el extremo de la calle de Fabres; porque quiere tentar una salida en los jardines y en los llanos de La Cannebiere. Dos heroicas amazonas le siguen: la una es la muger, la otra la sobrina de Carlos Laval: Hevan á los arzones pistolas ricamente adamascadas, y lleva cada una en su blanca mano una espada tan bien trabajada que mas parece una alhaja que un arma.

Luia el enemigo en desorden en la direccion del camino de Avagne, cuando la caballeria española que guardaba aquellas avenidas cayó sobre los marseleses, y los obligó á volver á entrar en la ciudad. Para muchos de los marseleses quedó desgraciadamente cortada la retirada; llegaron demasiado tarde delante de la *Puerta Royale*: se hallaba ya cerrada, y el puente levadizo dejaba descubierto un ancho foso lleno de agua. Allí fueron cogidos algunos marseleses: aprovechándose

otros de la oscuridad, ganaron el campo. De este número era el jóven Victor Vivaux, hijo del general de la artilleria, y las dos jóvenes de quienes hemos hablado, Gabriela y Clara de Laval. Amenazaba todo género de peligros á las dos amazonas en aquella noche, y al través de aquel ejército impío que mataba, des-trozaba, deshonoraba por ganar el infierno, y que tres años mas tarde debia violar á Roma en medio del incendio, y sobre arroyos de sangre.

Gabriela, la muger de Carlos de Laval, tenia treinta y dos años. Sorprendida de improviso por la proposicion de una salida que habia hecho el capitán Carlos de Monteoux, y que ella habia aceptado; ella y su sobrina con la aventurera temeridad de que las mugeres dieron tantas pruebas en aquella época, no habia querido hacer aguardar al jefe de la expedicion, y habia salido vestida cual se hallaba, es decir, con una falda ancha de seda, con talle largo acuchillado en todos los pliegues, con un corsé de terciopelo que dibujaba exactamente las espaldas, y que terminaba en punta en el pecho: ademas, sobre la orilla superior del corsé llevaba un fruncido de encages altos que dejaba descubierto su cuello de cisne: el rostro que daba vida á aquel hermoso cuerpo y á aquellas ropas era un maravilloso tipo de distincion: era una frente pura y blanca cortada con admirables lineas: era una mirada dulce que brotaba de unos ojos de un admirable y brillante negro: era una boca admirable donde la sonrisa se abria como el capullo de una rosa: era un conjunto divino que habia sido legado á Marsella por los escultores de Mitilene y de Delos: aquella noble cabeza llevaba una flotante corona de cabellos negros como el ébano: bajo ciertos rayos de luz parecian ocultar ardientes reflejos, cual la ola del mar en una sombría noche ostenta chispas de fuego en sus negros y movibles pliegues.

La jóven que la acompañaba, Clara de Laval, su sobrina, no tenia mas que veinte años. Increible pareceria que á esta edad osase una muger desafiar los peligros de la guerra, si no se supiese que en esta época de turbaciones y revueltas civiles, la vida de los hombres y el honor de las mugeres estaba perpétuamente en juego, mostrando estas un carácter de enérgica resolucion. Ademas, la historia de Marsella existe para comprobarlo con gloria eterna del bello sexo, que fué tambien el sexo heroico.

Clara de Laval, vestida casi como su tia, hubiera sido tomada por hermana de Gabriela. Tenia cabellos rubios, ricamente prodigados sobre las sienes y sobre las espaldas: ojos druidicos, color de mar tempestuosa: un tinte en el rostro sonrosado, un encantador atractivo y magnético rostro; en fin, una gracia soberana en todos los movimientos de su cuerpo cuando andaba, y una encantadora vi-

veza en la punta de sus *brodequines* dorados como las sandalias de una odalisca: sentada y meditabunda tenía esa esquisita negligencia de las rubias, esa radiante tranquilidad que casi siempre es un volcán en descanso.

Su solo compañero Victor Vivaux era un alto y apuesto mancebo de veinticuatro años, famoso por su galantería entre los más amables aficionados á las serenatas de la plaza de Lenche; un franco marsellés de la edad media, muy moreno, tostadas sus mejillas por el sol de los últimos meses en la esplanada de La Mayor.

Las dos amazonas y el joven oficial que les servía de guía, siguieron algunos pasos á galope la dirección que habían tomado á través de las tierras: pero pronto hallaron el suelo tan cortado de cercas y fosos que sus caballos les fueron inútiles, y les sirvieron de embarazo; además, ora relinchando, ora pateando, podrían descubrirlos. Echaron los tres fugitivos pie á tierra; dejaron sus monturas en un campo de cañamo, y continuaron su camino sin proferir una sola palabra; porque por todas partes alrededor de ellos se oía el rumor y la algazara de la soldadesca que anunciaba la presencia del enemigo. En fin, las dos mugeres, siguiendo siempre ciega-mente á su guía por veredas incultas, llegaron á las alturas que dominan el valle de Auriol: allí volvieron la espalda á la ciudad, é internándose en un laberinto de recodos y abismos llegaron sobre aquella arenosa playa que se dobla en arcos desde Roca-blanca al monte Redon.

Todo el mundo sabe que aquella playa se parece en términos de equivocarse al terreno de una isla desierta, porque preocupado sin cesar de las probabilidades de la guerra, el marsellés no piensa en cultivar más jardines que los que se estienden á la sombra de sus murallas. El Huveaume en su embocadura forma una especie de lagunas por medio de las cuales corre al mar: algunas cabañas de pescadores se levantan solas á larga distancia sobre los guijarros del río: únicamente en medio de las aguas estancadas y el pequeño río, y á la estremidad de una calzada natural de rocas frecuentemente cubiertas por las olas, aparece una casa de construcción aislada, que parece protestar contra la soledad, y recordar á los marinos bogando hacia Plainier, los tiempos antiguos en que aquella playa fué visitada por las galeras de Tiro y de Sidon (4).

Cuando alcanzaron los fugitivos aquella orilla, el mar se hallaba bastante tranquilo á pesar de la tempestad. Victor Vivaux se lan-

(4) Todo el terreno que describe el cronista con una afectación sensible de actualidad es el mismo que está ocupado hoy por el famoso paseo del Prado, y por el establecimiento de la Muda de Portici; pero nosotros no nos dejamos engañar de este artificio para tratar de poner en presente lo que hubiera debido ponerse en pasado.

zó el primero sobre la calzada natural valiéndose de las ramas de un tamariz: y prestando el oído á los rumores nocturnos no oyó más que el estertor de la tempestad agonizante, el ruido de los saucos y cañaverales, y hacia el Norte un rugido sordo, procedente sin duda, de la culebrina de San Pablo, que cantaba un dúo con el rayo del cielo.

Bajóse entonces; alargó la mano á Gabriela, que en un momento auxiliada con su socorro se encontró á su lado en la calzada: después á Clara con la que durante aquella fuga hubiera podido notarse que el joven tenía una atención y particular cuidado: después viendo las dos mugeres cerca de él, y echando la vista al mar y á las lagunas, ahora, señoras, les dijo respirando con más libertad, os permito hablar porque estamos en lugar seguro, y no hay soldados ni merodeadores en torno nuestro.

—Yo, dijo Gabriela con una carcajada, jamás perdonaré al señor Condestable el haberme tenido la boca cerrada durante dos horas mortales, tanto que ni aun he dirigido el menor saludo á la tempestad, que en cuanto he podido ocuparme de ella me ha parecido muy hermosa.

—¡Virgen Santísima del Carmen! exclamó Clara, ¿en qué país nos hallamos? ¿Estamos en tierra ó en mar?

—Tranquilizaos, señorita, dijo Victor; conozco bien estos parages.

—¿Conoceis este desierto salvaje, señor de Vivaux?

—Sin duda, y vais á conocerlo como yo, porque ya la luna separa sus nubes para veros pasar. Mirad, señora, mirad; allá abajo en los tamarices hay una casa que conozco como la mia del Obispado: cien veces hemos venido á ella con el caballero de Beauregard, el capitán de la torre de San Juan.

—¿Y qué veniais á hacer aquí, caballero? dijo Gabriela acompañando esta pregunta con un tono medio burlon, mientras que Clara contemplaba al joven con cierta inquietud.

Comprendió el joven aquella mirada, y respondió sonriendo á las dos mugeres, aunque una sola era la que le había preguntado:

—Veniamos á una cosa muy sencilla, señora: veniamos á ver un *Fustié* (fuego: era la misma pesca que acabamos de hacer). Esta casita pertenece al señor de Beauregard. ¿Qué distante está él de pensar que va á servirnos de asilo esta noche?

—¿Y si la puerta está cerrada? preguntó Gabriela.

—La echaremos abajo, respondió Victor.

—¡Oh! murmuró Clara, á quien esta manera de entrar en las casas parecía á pesar del peligro un poco descortés.

—¡Valganos la Virgen del Socorro! dijo Gabriela; me parece que veo relucir alguna cosa siniestra allá en lo alto.

Y con la punta de la espada que aun no había envainado, señalaba el camino del Norte.

Fijáronse las miradas en aquella dirección, y hubo un momento de silencio.

—¡Chit! dijo Clara estremeciéndose.

—¿Qué hay? preguntó Victor colocándose instintivamente delante de la joven.

—Oigo ruido, replicó Clara.

—¿Dónde? preguntó Victor, bajando la voz á cada pregunta.

—Allí, allí, cerca de nosotros, en esas algas negras, respondió Clara, tan bajito que para oírlo Victor se vió obligado á aproximarse su mejilla cerca de los labios de la joven, y sintió su aliento.

Es el mar ó el viento, dijo la joven permaneciendo un instante inclinada; el peligro no está ahí: está allí, añadió en voz bajo á su vez, enseñando el Huveaume.

En efecto, dijo Clara, cogiendo el brazo del joven: mirad allí; allí, enfrente de nosotros.

Volvióse Victor al lado indicado; y en efecto, divisó una gran figura negra que se alzaba de entre los saucos del Huveaume, y se dirigía hacia la calzada.

—¡Silencio! dijo Victor.

Y dejó internarse á la aparición sobre el estrecho dique: después cuando solo se halló á algunos pasos de él se adelantó á su encuentro, espada en mano, mientras que las dos mugeres se aprestaban si hubiera habido necesidad á socorrer á su defensor.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? preguntó el joven poniendo su espada en el pecho del recién llegado, que en lugar de defenderse cayó humildemente á sus pies.

—¡Oh, señor marsellés! respondió el buen hombre, que en el acento de Victor había reconocido un compatriota.

—¡Ah! dijo Victor, que acababa de hacer el mismo descubrimiento; parece que no tenemos que habérnoslas con un enemigo; pero no importa: cuando á estas horas se encuentra uno en este sitio, y en estos tiempos es preciso conocerse. Repetiré, pues, mi pregunta: ¿quién eres? ¿qué quieres?

—Soy el patron Bousquié, el pescador del señor de Beauregard, y voy á sacar las redes.

—¡Pardiez! verdad dices, dijo Victor: señoras, añadió volviéndose hacia ellas; no temáis nada; estamos en país amigo.

—¡Toma! ¡Es el señor Victor! dijo el pescador con una gran sonrisa: ¡y yo no le había conocido! Buenas noches, señor Victor.

—Buenas noches, amigo.

—Pues no es poca fortuna el veros aquí cuando yo os creía detrás de las murallas de la ciudad. ¡Es esta una partida como las.....

—¡Chit! dijo Victor.

—Es que habeis escogido un tiempo muy picaro.

—¿Con qué dices que ibas á pescar? inter-

rumpió bruscamente el joven, para quien el tono que había tomado la conversacion, evidentemente iba siendo muy desagradable, y deseaba cortarla.

—¡Ay! si señor, voy á pescar, respondió el patron Bousquié con un gran suspiro.

—¿Qué tienes? preguntó Victor: antes esta ocupacion era una diversion para tí.

—Si señor, cuando pescaba para Mr. Beauregard; ó para vos cuando veniais con aquella chiquita.....

—¿Y ahora, para quién pescas.

—¿Para quién pesco? ¡Virgen Santísima! Pesca para esos miserables italianos que vienen á comer mi pescado, y que me lo pagan á palos.

—¿Cómo! ¿Los italianos vienen aquí? exclamó Victor.

—¡Qué si vienen!..... No fallan ni una noche en venir: dentro de una hora estarán aquí..... Mirad, no me habéis de ellos, señor Victor; son unos turcos, corsarios, sarracenos, que buscan gratis mugeres y bonillabesas: lleban consigo dos alemanes vestidos como sotas de báraja. Estos dos no han inventado la pólvora, pero no son mejores que ellos.

—Bueno, bastante has hablado, dijo Victor: buen patron Bousquié, aquí están estas señoras que necesitan descanso..... han dejado la suela de sus botas en las rocas, y tienen lastimados sus lindos pies. ¿Tienes en tu cabaña una buena cama de algas secas para esas dos señoras?

—¡Oh! en mi cabaña, respondió el patron Bousquié, estarían muy mal esas dos señoras: eso sería bueno á lo más para aquellas muchachas que.....

—¡Bueno! Pero entonces, interrumpió Victor, ¿dónde van á pasar la noche estas señoras?

—Si el mar no estuviese tan terrible os diría que donde estarían mejor sería en su casa. Entraríamos en mi barca, y como la mar está libre desde que la escuadra de Lafayette ha arrojado á ese condenado de Moncada, yo haría un esfuerzo para ponerlos dentro de una hora en la cadena del puerto.

—¡Y bien! dijo Gabriela, me parece un excelente medio. Entremos en la barca: somos valientes, y no tendremos miedo.

—¡Oh, no, señora, no! dijo el patron Bousquié meneando la cabeza; no, eso sería tentar á Dios.

—Pero la mar no está ahora muy agitada, murmuró Clara.

—Aquí, sin duda no; pero el mar, señoras, sin comparacion, es como las mugeres: es preciso no juzgarlas por lo que nos enseñan. El mar aquí está bastante tranquilo, bastante bonachon; pero allá abajo, veis, mas allá de aquella roca donde nada le abriga, está hecho un diablo. No, no, señor Victor, creedme; mas vale aguardar.

—Pero dónde aguardar, si dices que en tu casa no estaríamos en seguridad?

—Seguidme, dijo el patron Bousquié: yo voy á abrir la casa del señor de Beauregard; allí estareis mejor que en la mía. Si los italianos vienen, subid á medida que ellos suban al granero: allí encontrareis una escala y una trampa: subireis sobre el techo, tirareis de la escala, y si os persiguen hasta allí vendreis al último recurso, el de arrojaros de alto abajo de la casa, si no quereis ser cogido.

Las dos mugeres se apretaron las manos.

—Vamos, dijo entonces Victor Vivaux.

El pescador se puso á la cabeza de la columna, y los tres fugitivos le siguieron silenciosamente: despues al cabo de un instante pasaron por un enverjado de hojas marinas, y subieron los escalones de una escalinata: el patron Bousquié empujó una puerta, y la puerta se abrió.

—¡Diablo! dijo Victor, si la puerta no cierra mejor que esto, mejor hubiera sido llevarnos á otra parte.

—Atrancaremos por dentro, dijo Gabriela.

—Guardaos bien de ello, hermosa señora, respondió el pescador; eso seria denunciaros desde luego. No, no; tienen la costumbre de encontrar la puerta abierta; dejadla abierta; no verán mudanza, y tal vez no sospecharán nada. Creedme; haced lo que os digo.

—¿Con que creéis que vendrán? preguntó tímidamente Clara.

—Tal vez vendrán, tal vez no vendrán: esos diablos de italianos son caprichosos como ellos solos; nada se puede decir. En todo caso trataré de darles de cenar bien para retenerlos en la casa.

—Y para indemnizaros de la cena que les darás, dijo Victor poniéndole dos monedas de oro en la mano al patron Bousquié, toma.

—No habia necesidad de esto, señor Victor, me quitais el placer de servirlos por el amor de Dios. Sin embargo, no quiero desairaros, porque no seria esto cortés.

—Bien, bien; metetelas en el bolsillo, y haznos bien la guardia.

—Sí, sí; pero sobre todo no cerreis la puerta. ¿Lo oís?

—No tengais cuidado.

—Entonces, Dios nos dé suerte. A propósito, señora, replicó el patron volviéndose hácia atrás: ¿Sabeis alguna oracioncita muy eficaz...? Yo no quiero tomarme la libertad de daros un consejo; pero ya comprendeis que no hay mal en darlo.

Despues, como asustado de su atrevimiento, el patron Bousquié hizo una última señal con la cabeza y con la mano, y se marchó rápidamente.

Habiéndose quedado solo Victor y sus dos compañeras, se orientaron á tientas con la

mano, porque no tenian que contar con los ojos en aquel cuarto bajo: encender una luz hubiera sido denunciarse. Así fué, pues, necesario reconocerse á tientas. Buscando, oia Victor en el silencio palpar el corazon de sus dos compañeras, y le parecia reconocer los latidos del de Clara.

En fin, halló la escalera.

—Por aquí, dijo,

Las dos mugeres se unieron á él, guiándose por la voz: Victor alargó la mano, y cogió una mano trémula; por temor sin duda, aquella mano apretó la suya: Victor no tuvo necesidad de preguntar á quien pertenecia.

—Seguidme, señora, dijo volviéndose al lado donde parecia que podia encontrarse Gabriela: estamos al pie de la escalera.

—Subid entonces, yo me agarro al vestido de Clara, dijo Mad. de Laval.

—¿Qué buscáis, tia? preguntó la jóven.

—Nada: mi pañuelo que he dejado caer.

—Bajaré ahora mismo á buscarlo, y lo recogeré, dijo Victor.

Entonces los tres subieron la escalera estrecha y sombría que conducia á los pisos superiores: despues buscaron á tientas la puerta de un cuarto, y entraron en el primero que encontraron con la intencion de aguardar allí que se tranquilizase el mar. No pudieron reparar si los muebles eran dignos de ellas, porque la oscuridad cubria las cuatro paredes; pero se admiraron de hallar debajo de la mano una cosa ligera y algo donada que servia para el mullido de un colchon.

—Victor, dijo Gabriela, si quereis bajar, trataremos de descansar aquí un instante.

—¿Velareis sobre nosotras, no es verdad? dijo Clara.

—¡Oh! contad conmigo, señoritas, respondió Victor. Jamás centinela alguno, os respondo, habrá sido mas fiel á su puesto como yo lo seré.

—Y tratad de encontrar mi pañuelo que podria vendernos.

—Ya voy; respondió Victor; y se le oyó bajar la escalera.

El jóven buscó durante un cuarto de hora, pero no halló nada.

Durante este tiempo las dos mugeres se quitaban sus vestidos, con los que era imposible acostarse.

—Comprendéis, tia, dijo Clara, con cuanta inquietud deberá estar Mr. de Laval á estas horas.

—¡Bah! respondió Gabriela: esos son los accidentes de la guerra. Mr. de Laval nos cree muertas; pero como está de guardia en la torre de San Pablo no tiene tiempo de llorarnos. Quisiera tener un espejo.

—Un espejo, tia... ¿Para qué?

—Para arreglarme mis cabellos, que deben estar en un estado abominable.

—Pero aun cuando tuviérais un espejo, el me parece que en la oscuridad en que nos hallamos no os serviría de gran cosa.

—¡Bah! abriendo esta ventana, es tan hermosa la luna que veria á ella como de dia. Empujate un poco las persianas, Clara.

—Tia, esto es una imprudencia.

—No, no; para ver únicamente que todo está tranquilo.

Obedeció Clara, y un rayo de claridad nocturna iluminó la estancia, dejando ver la encantadora cabeza de la jóven de pie en la ventana. Hubiérase creido ver á Anfitrite, la rubia reina de la mar, echando una mirada de amor sobre la belleza salvaje de sus dominios.

En este tiempo Gabriela habia encontrado el mueble que buscaba, y colocada un poco detrás de Clara, pero en direccion del mismo rayo, se arreglaba sus cabellos.

—Ya está, dijo despues de un instante: ahora echémonos sobre esta cama. Recitemos las letanias de la Virgen, y el *sub tuum* antes de dormirnos. Yo diré los versículos, y tú responderas los *ora pro nobis*. ¿No está bien?

—Si, tia, sí; respondió Clara retrocediendo un poco, sin quitarse sin embargo de la ventana. Pero esto me parece....

—¿Qué te parece? preguntó Gabriela.

—Ver hombres que se acercan siguiendo el camino que hemos seguido. Los oigo, tia, los oigo.

—¡Bah! dijo Gabriela, es el viento que sopla entre los tamarices.

—No, tia, ahí están; los veo: son cinco..... seis..... siete.....

Gabriela dió un salto desde la cama en donde iba á descansar á la ventana, y apoyando sus manos sobre las espaldas de Clara se levantó de puntillas, y miró por encima de su cabeza.

—¿Veis? dijo Clara conteniendo su respiracion.

—Sí; los veo....

Los hombres hablaron algunas palabras entre si.

—Son italianos, dijo Gabriela.

—¡Dios mio, Dios mio! estamos perdidas, murmuró Clara juntando sus manos.

Tres golpecitos dados á la puerta del cuarto hicieron en aquel momento estremecer á las dos mugeres: despues oyeron una voz que decia: soy yo, no tengais miedo: es Victor Vivaux.

Gabriela corrió á la puerta, y la entreabrió.

—Que, ¿vienen? preguntó él.

—Vienen por nuestro lado.

—¿El enemigo?

—Tengo miedo. ¿Qué hacer?

—Seguir el consejo del patron Bousquié: subir mas alto; buscadme buen escondite, y no os inquieteis por mí: por lejos que parezca estar de vosotras, no os perderé de vista.

Y sin aguardar la respuesta de las dos mugeres, se arrojó á meter en lo oscuro de la escalera.

—¡Clara! dijo Gabriela.

—Aquí estoy, tia.

—Ven.....

Al decir estas palabras la cogió de la mano, y la sacó fuera del cuarto.

Subieron al piso superior donde permanecieron atisvando con el cuello estendido sobre la rampa de la escalera.

Pero entre la verja y la escalinata, dos hombres que parecian los gefes de una banda de merodeadores hablaban alto y sin cuidarse de nada; de modo que se hacian oir por todas partes con el silencio de la noche.

—Te digo, Tadeo, decia el uno, que los he visto pasar como sombras; que he medido sus pies sobre la arena. Son unos piecitos como mis dedos, delgados como mi lengua; y ademas ¿qué decís de este flico de botita que hemos hallado en la colina? Tadeo, aquí huele á carne fresca.

—Comienzo á creer que tienes razon, respondió el otro.

—¡Por Bacco! Ya lo creo que tengo razon. Ves tú, y hemos perdido su pista á veinte pasos de aquí, allá abajo donde comienzan los guijarros. Si las diosas no toman un baño en estas lagunas, duermen detrás de aquella puerta.... Bien: ¿dónde está mi lansquenete? Cornelio, adelante; adelante te digo. ¿Qué diablos estás haciendo ahí? Te se abre la boca á las estrellas: escucha; pasa debajo de ese arco, tudesco; guarda la casa del otro lado para cortar la retirada; y por San Pedro, que no se nos escaparán mis hermosas señoras.

—¿Qué es esto? dijo Tadeo alzando del suelo el pañuelo que Gabriela creia haber dejado caer en el cuarto bajo, y que no habia dejado caer sino al pie de la escalinata.

—¡Vive Dios! camarada, respondió Gerónimo, cogiéndolo de las manos de su compañero: es un *fazzoletto* bordado todo, y perfumado de esencia de rosa, lo cual no tiene trazas de salir del bolsillo de un pescador. No se cogen peces con estas redes.

—Subamos, Gerónimo, subamos. Y vosotros camaradas. Chit!

El resto de la tropa se aproximó.

—Venid aquí, y quedaos ahí. Bien; ahora juicio; y os daremos las criadas, si las hay.

—No, no; todos subimos: aquí no hay aristocracias, todos somos iguales. Ademas, cuantos mas subamos, mas completa será la visita. Únicamente el otro alemán.... ¡Eh! Mi lansquenete, Forster.... aquí! Sentaos en el escalon á caballo, y con el puñal en la mano. Esas diosas tienen consigo un caballero, porque hemos visto estampadas las huellas de sus pies en la arena: para las mugeres todas las consideraciones del mundo: una bala de plomo para el caballero. ¿Lo oyes, alemán? Esa es la consigna.

—*La men heer*, respondió el lansquenete, poniéndose á caballo sobre la barandilla en el punto mismo en que se había colocado su comandante.

Entonces Gerónimo abrió la puerta: según la recomendación del patron Bousquié, no estaba cerrada.

—Esto está mas oscuro que boca de lobo, dijo uno de los italianos; ¿no tiene vd. yescas, Tadeo?

—¿Voy yo nunca sin ellas? respondió el soldado.

En el mismo instante se vieron saltar las chispas del pedernal, se encendió la yesca y sucedió un ligero resplandor como el de una pajuela: bastó á Gerónimo para descubrir una linterna en un rincón del vestibulo.

—Ya tenemos luz, dijo; hay un Dios que protege á las gentes honradas. Enciende.

Tadeo no se lo hizo repetir dos veces. Los italianos levantaron la linterna iluminando todo el vestibulo; pero los merodeadores no vieron mas que las redes amontonadas en las paredes.

—Son las redes de nuestro padre putativo, dijo Tadeo, es preciso respetarlas: con ellas nos hace vivir.

—¿Lo qué es la calumnia! respondió Gerónimo; hay gentes que dicen que nada respetamos: lenguas de vibora. Amigos no tocar á nada, subir, que Borbon no gasta bromas con los bienes del prójimo.

—¿Las mugeres no lo son? preguntó Tadeo.

—El decreto no habla mas que de mieses, muebles y animales: ya ves que eso no concierne á las mugeres.

—Entonces subamos al primer piso, dijo Tadeo, ya veis que aqui nada tenemos que hacer.

Seguió la banda el consejo é invadió el cuarto del que acababan de salir las dos mugeres.

—¡Oh, oh! exclamó Gerónimo, el nido ha quedado, pero los pájaros han volado. Aqui hay vestidos de princesas ¡Diablo! si yo fuese cardenal me haria una dalmática con ellos. Querido, mira que terciopelos y dime que tal estaria yo dentro de ellos. ¡Oh! solo con tocarlos se me enciende la sangre.

—Por de pronto agarremos esto, es cosa que tiene valor.

—Atencion, aqui hay dos escarcelas..... ¡oro!... .. Esto es tan nuestro como Marsella es del Condestable; mañana haremos las particiones.

—Gerónimo, la cama no está deshecha, nuestros pájaros no han hecho mas que cambiar de vestido y se han escurrido. Toca, toca la cama, está tiesa y fria como el mármol.

—¿Pues á la caza, á la caza! gritó Gerónimo; las encontraremos aunque las defienda el mismo diablo.

Al decir estas palabras se lanzaron á subir la escalera.

Gabriela y Clara no habían perdido ni una sola palabra de esta horrible escena. Al oír las últimas palabras sintieron un mútuo estremecimiento y sus cabellos se estremecieron hasta en sus raíces. Empero no había tiempo que perder: lanzáronse hácia el ángulo en donde estaba la escalera de madera que conducía á la trampa del techo: subieron la escalera, levantaron la trampa, se lanzaron sobre la plataforma, subieron la escalera, y dejaron volver á caer la trampa. El techo se hallaba rodeado de un pequeño parapeto ó barandilla, á escepcion de la fachada del Mediodía, por la cual, gracias á una ligera inclinacion de las tejas se vertian las aguas lloviznas. Las dos mugeres se estrecharon la una contra la otra en un ángulo.

Pocos instantes despues un gran estruendo de voces que oyeron bajo sus pies las hizo conocer que la banda había llegado al cuarto de la escala, y que su destino se decidía en aquel momento. Las dos lo comprendieron sin hablarse, sus labios se aproximaron y reunieron en un beso radiante, y con los brazos entrelazados y los ojos en la trampa se adelantaron rápidamente hasta la orilla de las tejas. Con los ojos clavados sobre la trampa aguardaban verla levantarse, y en este caso extremo habian tomado su resolucion: se precipitaban desde el techo sobre las losas del pórtico. Larga fué la agonía: las tejas crugian bajo sus pies, y mas de una vez, por efecto de una convulsion, las dos mugeres se sentian atraídas hácia el precipicio por una mano invisible. Asi suspendidas, inmóviles sobre el sepulcro parecian las estátuas del pudor y de la desesperacion, alzadas sobre las ruinas de una ciudad tomada por asalto.

Sin embargo, el rumor de las voces inferiores se apagó, la escalera retumbó bajo pesados pasos: un poco de esperanza cruzó por el pensamiento de los dos jóvenes, cuyos ojos se levantaron al cielo con una infinita gratitud: despues Gabriela levantó la trampa con precaucion y oyó distintamente las lamentaciones de la banda: fueron seguidas del rechinar de la puerta que volvía á cerrarse. Poco despues un paso ligero se sintió en la escalera y se oyó una voz tímida que con un acento de desesperacion creciente llamaba al través de las tablas. Era la voz de Victor Vieux.

Volvióse á abrir la trampa, se colocó de nuevo la escalera: Victor arrojó un grito de alegría y puso su pie sobre el primer pedáneo.

—Aqui estamos, Victor, dijo bajo Gabriela. —Entónces venid, venid pronto, respondió Victor. Un minuto de retardo es la muerte.

Bajaron las dos mugeres la escalera con maravillosa agilidad; pero llegados al vestibulo oyeron á los soldados que creian lejos, que hablaban detenidos en los escalones del pórtico. Victor empujó á las dos mugeres en-

tré los espesos montones de redes que se hallaban colgados en las paredes, y allí se enterró con ellas prestando atento oído, porque un rumor mal interpretado podia ser la muerte de todos tres.

—¿Y bien, capitán! decia Forster; con qué ha sido inútil la visita?

—Si, si, respondió Gerónimo.

—¿Habeis buscado bien por todos lados?

—No hemos dejado ni una piedra por registrar. Y tú, ¿has visto algo?

—Nada.

—Baja te relevaré de la guardia.

—Gracias, dijo Forster saltando pausadamente en tierra; no me pesa porque el puesto no era bueno.

—¿Qué dices?

—Digo, capitán, que cuando os divertais en pasearos por el tejado os ruego que no me pongais de guardia debajo de la gotera.

—¿Y por qué?

—Porque cuando llueven tejas y no hay paraguas no es sano.

—¿Cómo! ¿ha caído una teja sobre tu cabeza, dices?

—¿Una? ya serán mas de diez; pero yo allí, firme en mi puesto: aun cuando hubiera caído el tejado entero, no me hubiera movido.

—¿Amigo, exclamó Gerónimo, están en el tejado! lansquenete, hijo mio, si hubieses dicho verdad habrá diez monedas de oro para ti.

—¡Al tejado, al tejado! gritaron todos los soldados.

—Vamos, camaradas, ya sabeis el camino, exclamó Gerónimo: los que quieran vengan conmigo.... Cornelius, Forster venid, venid tambien y olfatead como buenos podencos....

Y la banda, llena de una nueva esperanza volvió á entrar en el vestibulo y se lanzó por la escalera. Oyóseles alejarse hasta los pasos pesados de los dos alemanes que cerraban la marcha.

—Abora, dijo Victor, no hay un momento que perder; valor y estamos salvados.

Y al mismo tiempo salió el primero de debajo de las redes, y cogiendo á las dos mugeres por la mano se lanzó con ellas fuera de la casa: en todo esto la banda se hallaba sobre el tejado.

—¡Capitán! ¡capitán! gritó Forster, ¡mirad que se escapan! allí.... allí.... allí.... tened cuidado.... *der Terfell*....

Un gran grito, un grito terrible, uno de esos gritos de muerte que atraviesan el espacio cuando un alma conoce que va á salir violentamente del cuerpo, siguió á este juramento. Los tres fugitivos quedaron como clavados en su sitio: vieron una masa que pasaba en el vacío y oyeron el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

—Es el capitán, dijo Victor con una voz estremecida de horror: se habrá acercado demasiado al alero del tejado y se le habrán escurrido los pies.

—¡Capitán!.... ¡capitán!.... gritaron muchas voces.

Peró nadie respondió; ni un grito.... ni un lamento....

—Está muerto, dijo Victor; ¡Dios le haya perdonado! Pensemos en nosotros.

Y cogiendo á las dos mugeres cada una por la mano corrió con ellas hácia la orilla del mar.

Habia una barca sobre la playa; los fugitivos se aproximaron á ella. Aunque el tiempo estaba oscuro el mar se hallaba tranquilo.

—Empujemos esta barca al mar, dijo Victor; Dios no nos ha salvado tan milagrosamente para abandonarnos en este momento.

—¿Sois vos, señor Victor? dijo una voz que salia de la lancha, mientras que una cabeza se levantaba y apenas sobresalía del borde de la barca.

—Estamos en salvo, dijo Victor, es el patron Bousquié.

—¿Y la mar? preguntó Gabriela.

—Tranquila como leche, dijo el patron Bousquié; justamente tenemos el viento necesario para no hacer uso de los remos.

—Subid, subid, dijo Victor.

Las dos mugeres saltaron al bote.

El patron Bousquié se echó al mar y se lanzó detras de los fugitivos. Victor tenia ya los remos.

—¡Nada de remos! ¡nada de remos! dijo el patron Bousquié; los remos hacen ruido. La vela al viento; ¡y que Dios nos ayude! ¿Dónde quereis ir, señorito Victor?

—Derecho á la cadena del puerto, derecho á la torre de San Juan.

—Bien, bien; dijo el patron; agarrad el timon: cuando yo diga *estribor* dirigis á la izquierda; cuando diga *abor* á la derecha. ¿Lo entendeis?

—Si.

—Pues adelante, y que Dios nos ampare.

Y como si no hubiese aguardado mas que el permiso de su amo, la chalupa se deslizó suavemente sobre el mar. El patron Bousquié habia dicho bien: la brisa los favorecia como si los hubiese conocido: al poner la vela, negra como las olas é invisible en la oscuridad, se hinchó á mas no poder. Al cabo de media hora la barca tocaba en la cadena, y Victor se hacia reconocer por el guarda de la batería de á flor de agua. En aquel momento un solemne silencio se mecía sobre la ciudad sitiada: solo los centinelas velaban sobre la muralla ó delante de sus tiendas; los dos ejércitos tomaban descanso á fin de reparar las fatigas de la víspera, y buscando en el sueño nuevas fuerzas para la batalla del dia siguiente.

El dia treinta y nueve de sitio, Marsella era la ciudad de las angustias, porque una ancha brecha estaba con la boca abierta desde la base de la torre de San Pablo, hasta el primer arco del acueducto de la puerta de

Aix. El Condestable disponía el último y más formidable de sus asaltos. Preciso era un milagro para salvar á Marsella: porque sus defensores quebrantados por una resistencia demasiado larga, buscaban en un esfuerzo supremo lo que no podían encontrar en sus desfallecidos brazos. Entonces fué cuando en medio de los bastiones inflamados y arruinándose, apareció un nuevo ejército en socorro de la ciudad, un ejército de mugeres! Gabriela de Laval mandaba aquellas nuevas amazonas del nuevo Thermodon, y Clara su sobrina llevaba la bandera de la ciudad griega.

A aquella vista lanzaron los sitiados un grito de resurrección que espantó á los españoles y los lansquenets sobre las alturas del Lazareto y de San Victor: despues, cuando se dió el asalto, el Condestable encontró toda la ciudad sobre la brecha: jóvenes, mugeres y niños; una muralla humana cubrió las ruinas de los bastiones, y Marsella dijo victoriosamente á su enemigo como Dios al mar: «de aquí no pasarás, ni iras mas lejos.»

Quince días despues se celebraba en la Casa Fenicia el matrimonio de Victor Vivaux y de Clara Laval. El patron Bousguie no pidió por recompensa mas que una invitacion para la boda. En cuanto al señor de Beauregard juró no tocar nunca á una sola piedra de la antigua casa, y legarla á sus nietos con su barniz secular, su doble techo, su columna, su emverjado de hoja, tal, en fin, cual se levanta en medio del cañaverol, como una insignia milagrosa para salvar dos mugeres heróicas en la mas terrible de las noches. Ademas, hubiérase podido creer que todo lo que habia sucedido no era mas que un sueño si no hubiera quedado en medio del tejado un ligero vacío, en el sitio en que las tejas habian caído con el capitán Gerónimo.

Ahora, si se quieren saber mas particularidades sobre esta crónica que he sabido de la Casa Fenicia por la demolición de que se hallaba amenazada, diré que tengo mis sospechas de que mi amigo Méry sea el autor de ella, y la haya introducido furtivamente por una vulgar astucia en el viejo arcon de monsieur Morel.

LA CAZA DE LAS ORTEGAS.

Hay en Marsella una tradicion antigua y solemne; esta tradicion que se pierde en la noche de los tiempos es, que por allí hacen un paso las palomas silvestres.

Todo marsellés de sus antiguas franqui-

cias municipales no ha conservado, como los agua-mortanos, mas que el derecho de llevar un fusil ó una escopeta; todo marsellés es cazador.

En el Norte, pais de actividad, el cazador corre detras de la caza, y con tal que llegue á alcanzarla no cree que el trabajo que se ha tomado le haga perder su consideracion en la opinion de sus compatriotas.

En el Mediodía, pais de indolencia, el cazador aguarda á la caza: en el Mediodía la caza debe venir á encontrar al hombre: ¿no es el hombre el rey de la creacion?

De aquí la fabulosa tradicion del pájaro y las palomas.

El cazador marsellés es cazador de *tollo*. Espliquemos lo que es un *tollo*.

El *tollo* es un estrecho agujero abierto en el suelo, cubierto con una porción de hojas secas y ramas cortadas. A los dos lados de esta cabaña hay dos ó tres pinos en cuyas puntas se coloca la tercera vertical; con estos palos se forma la armazon del *tollo* ó cabaña.

Todos los domingos por la mañana el cazador marsellés viene antes de amanecer á colocarse en su madriguera arreglando las ramas del árbol, de manera, que la cabeza no salga de la tierra. Llevan generalmente cubierta la cabeza con una gorrilla verde ajada, que forma bastante armonia con el color de las hojas secas. El cazador marsellés es, pues, invisible á todos los ojos, excepto al ojo del Señor. Pero el cazador que es sibarita tiene en el fondo de su agujero un taburete para sentarse: si es un cazador rústico, un cazador de los de pelo en pecho, se pone generalmente de rodillas.

Es paciente, porque es eterno; *paliens quia aternus*.

El cazador marsellés aguarda, pues, con paciencia.

Pero me dirán: ¿qué es lo que aguarda?

En tiempo ordinario, el cazador marsellés aguarda el tordo, el zorzal, el mirlo, el hortolano, el papafigo y la chocha, ó cualquier otro volátil, porque en su ambición jamás se ha elevado hasta la codorniz.

En cuanto á la perdiz, eso es para ellos como su fénix; cree en ella porque ha oído decir que hay una en el mundo que renace de sus cenizas, que se ve de tiempo en tiempo antes ó despues de las grandes catástrofes para anunciar la cólera ó la clemencia de Dios: y nada mas. No hablemos de la liebre. Está reconocido en Marsella que la liebre es un animal fabuloso del género del unicornio; pero como el tordo, el mirlo, el hortolano, el papafigo, la chocha no tiene ningun motivo para venir á colocarse de su propio motu sobre los pinos en donde les aguarda, el cazador marsellés se hace por lo general acompañar un pilluelo que lleva muchas jaulas, en las que hay encerrados algunos de

estos pájaros que hemos nombrado: estos pájaros inocentemente comprados en la puerta, son indiferentemente de uno ú otro sexo; los machos destinados á llamar á las hembras, y las hembras á llamar á los machos.

Cuelgan las jaulas en las ramas bajas de los pinos: los pájaros prisioneros pían á los pájaros libres. Los desgraciados volátiles engañados por la llamada de sus compañeros, vienen entonces á colocarse en las ramas situadas horizontalmente. Preciso es creer que esto sucede rara vez.

Aquí es donde los aguarda el cazador. Si es diestro, los mata: si es torpe yerra el tiro, y generalmente el cazador marsellés es torpe. La destreza es un negocio de costumbre.

Ved aquí el cálculo hecho por Méry.

El cazador marsellés viene á su puesto cada ocho días.

Un día entre cada ocho, viene un pájaro á colocarse sobre las ramas atraídas por el cimbel.

De ocho pájaros mata uno.

Resulta que comprendida la compra del terreno, compra de escopeta, compra de pájaros, y conservacion del puesto, cada pájaro le viene á costar de quinientos á seiscientos francos.

Pero tambien el día en que un cazador marsellés ha matado un pájaro, es grande en su familia, como Nemrod delante de Dios.

En tiempo extraordinario, es decir, en el tiempo del paso de los pichones silvestres, el cazador viene buenamente á su *tollo* ó puesto con un pichon doméstico.

Este pichon está atado en una cuerdecita al palo perpendicular, de modo que está siempre obligado á revolotear. La punta de la viga termina como un pararrayos, y la cuerda á que está atado es corta, para que el infeliz cautivo pueda descansar en la viga horizontal. Este eterno vuelo está destinado, como el iman, á atraer á todos los suyos mas ó menos numerosos que pueden pasar yendo del Africa á Kamtcharka.

Si pasan los palomos, estos se acostumbran á esta estratagemá; pero no hay memoria desde el tiempo de los focenses, de que el cazador marsellés confiese con ingenuidad que ha visto un palomo.

Esto no impide que afirmen que pasan.

Al cuarto domingo, el pichon doméstico muere tísico.

Como el paso de los pichones silvestres dure tres meses, es decir, desde 4.º de octubre hasta fin de diciembre, le cuesta al aficionado tres pichones mas.

Agregad á esto que durante todo este tiempo el cazador no mate tampoco otro pájaro, porque el pichon doméstico les causa un miedo terrible.

El cazador marsellés pasa así en su huronera seis ú ocho horas, es decir desde las cuatro de la mañana hasta el mediodía: los hay

tan furiosos y decididos, que se llevan su almuerzo y su comida, y no vuelven á su casa si no justamente á la hora de jugar un partido de lotería. La lotería termina admirablemente un día, comenzado por la *caza del tolo*.

Pregunté á Méry si no podría proporcionarme el conocimiento de alguno de estos cazadores: me parecia una especie particular, un tipo curioso digno de observarse. Me prometió Méry aprovechar la primera ocasion que se presentase.

Me fueron dadas todas estas esplicaciones mientras íbamos subiendo á Nuestra Señora de la Guardia. Desde su altura se descubre á Marsella y sus alrededores en un espacio de una legua cuadrada. Conté casi ciento cincuenta puestos de caza ó *tollos*.

Durante una hora que gasté en subir á Nuestra Señora de la Guardia, tres cuartos de hora que tarde en bajar, cinco cuartos de hora que permaneci allí, en todo unas tres horas, oí dos tiros. Esto comprobaba el cálculo de Méry.

No me distrajeron, pues, de mis investigaciones religiosas y arqueológicas. Nuestra Señora de la Guardia es á la vez un fuerte y una iglesia.

El fuerte se halla en el mayor desprecio entre los ingenieros.

La iglesia es de la mayor veneracion entre los marineros.

De este fuerte es de quien Chapelle y Bachaumont han dicho:

Gobierno bueno y sencillo
al que basta para guarda,
de alcázar de tanto brillo,
una pintada alabarda
en la puerta del castillo.

Lo que prueba que el templo y el fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, se ha guardado casi solo, á menos que este epigrama no haya sido hecho mas que contra el gobernador del castillo en atencion á que en aquella época el gobernador era el señor Scudéri, hermano de la décima musa: porque en todo tiempo, como lo hace observar muy juiciosamente este gracioso marqués en anuencia con su compañero, como que tiene mas talento él solo que todas las gentes, en todos tiempos, repito, ha habido en Francia una décima musa.

Resulta del descrédito en que ha caído este fuerte, y de la veneracion en que ha quedado la iglesia, que hoy no tiene mas que virgenes por obras avanzadas, y penitentes por guarnicion. Verdad es que si nos referimos á la cantidad de *ex-votos* y *milagros* colgados en la capilla, pocas virgenes hay tan milagrosas como Nuestra Señora de la Guardia. Así es que á ella se dirigen durante la tempestad todos los marinos provenzales, y en llegando el buen tiempo, según la tempestad ha sido mas ó menos terrible, y ha tenido el que ha